

Michael D. BORDO, Alan M. TAYLOR y Jeffrey G. WILLIAMSON, eds.

Globalization in Historical Perspective

Chicago, NBER & University of Chicago, 2003, 588 pp.

Este volumen reúne las ponencias presentadas en dos conferencias celebradas con el objetivo de analizar las causas, los antecedentes históricos y las consecuencias de la globalización. La obra consta de una introducción, trece capítulos y un panel multidisciplinar donde el editor de *The Economist*, un politólogo, dos historiadores y la directora ejecutiva del FMI presentan sus propias conclusiones sobre el tema. Cada capítulo ha sido elaborado por dos acreditados especialistas y contiene una nota crítica de un reputado académico, siguiendo la costumbre de las reuniones científicas organizadas por el NBER.

El libro se divide en tres partes principales. La primera, que se dedica a la medición del proceso de globalización, se compone de tres capítulos consagrados, respectivamente, a la integración de los mercados de bienes, de trabajo y de capital. En la segunda, se analizan las consecuencias de la globalización, y está formada por cuatro capítulos que se ocupan, respectivamente, de la convergencia entre las naciones, la desigualdad, la difusión de la tecnología y la geografía económica. Finalmente, en la última parte de la obra se examina la globalización de los mercados de capitales, y contiene capítulos dedicados a la relación entre el sistema financiero y el crecimiento económico, a los diferentes regímenes de tipos de cambio, a las crisis financieras internacionales y su contagio, y a las reformas monetarias y financieras. Los temas relativos a la integración internacional de los mercados financieros y monetarios ocupan la parte del león del libro (cinco de los once capítulos). Es comprensible que esto sea así, ya que el mercado de capitales es el más globalizado en la actualidad. Además, en este campo, políticos y asesores económicos recurren habitualmente a la experiencia histórica para tomar o justificar sus decisiones.

Mi primera impresión al ojear este volumen, confirmada poco después con una lectura detallada, es que representa un hito en la investigación sobre el fenómeno de la globalización. La nómina de ponentes y comentaristas es espectacular, colmando sobradamente cualquier expectativa previa. Sin embargo, no debemos llamarnos a engaño, la obra representa un magnífico colofón a lo estudiado hasta ahora, pero abre, más que cierra, nuevas líneas de investigación. En cualquier caso, resultaría demasiado pretencioso por mi parte tratar de comentar detalladamente cada uno de sus capítulos, ya que, de hecho, su mejor análisis se encuentra en los comentarios críticos que se incluyen al final de los mismos. Por ello, a lo largo de lo que queda de reseña, me conformaré con señalar aquellos puntos de la historia de la globalización que, a mi entender, pueden generar un intenso debate durante los próximos años.

En primer lugar, parece claro que, si bien se sabe cómo tuvo lugar el proceso de globalización, no hay un acuerdo acerca de cuándo y por qué empezó. Mientras que los historiadores modernistas tienden a asociar el comienzo de la globalización con la Época de los descubrimientos, los nuevos historiadores económicos se han decantado por el siglo XIX y la Revolución de los transportes. Estos últimos han acumulado, recientemente, un vasto arsenal de pruebas a favor de sus hipótesis, utilizando para ello series de precios de algunos bienes comercializados y demostrando que dichos precios no convergieron durante la Edad Moderna. Sin embargo, desde mi punto de vista, la evidencia presentada hasta ahora no es conclusiva y, por tanto, aún no han conseguido desterrar completamente la visión tradicional. Tres hechos me parecen particularmente relevantes: que la discusión se haya centrado en los precios de bienes comercializados intercontinentalmente (obviando, por tanto, el comercio intraeuropeo), que no se hayan utilizado precios de bienes básicos de consumo y que se haya excluido del debate al Imperio Hispánico.

Respecto a los movimientos migratorios internacionales, parece que conocemos bastante bien sus grandes tendencias, sus determinantes, sus consecuencias económicas y los factores políticos que influyeron en ellos durante la primera globalización. En cambio, sorprendentemente, sólo disponemos de una visión aproximada y muy parcial (mayoritariamente referida al impacto de la inmigración en los Estados Unidos) sobre su impacto económico en los últimos dos decenios. Parece claro que éste es un campo que merecería una mayor atención por parte de los investigadores.

A buen seguro, las relaciones entre globalización y desigualdad, tanto entre países como entre personas, constituirán uno de los campos más fructíferos para futuras investigaciones, ya que conocemos muy poco, o casi nada, de la distribución de la renta dentro de los países antes de la II Guerra Mundial; y, en segundo lugar, por la paradoja que ha emergido de los últimos estudios sobre las diferencias entre la primera y la segunda globalización. Mientras que la primera globalización vino acompañada de una divergencia entre las naciones del centro y de la periferia, la segunda está conduciendo a un proceso de convergencia entre todas aquellas naciones que participan de ella.

Un fenómeno aún no suficientemente investigado son las causas de las diferencias en eficiencia económica entre países. En otras palabras, por qué algunas naciones son más ricas que otras. Para Gregory Clark y Robert Feenstra —autores del sexto capítulo del libro—, la explicación a dichas desigualdades no reside en un uso más intensivo del capital en los países ricos, ni en dificultades de acceso a la tecnología por parte de los países pobres, sino en lo que ambos autores llaman “eficiencia en el uso de la tecnología”. Parece claro —como señala acertadamente en su crítica al capítulo Joel Mokyr— que quedan aún numerosos puntos oscuros y muchas otras posibles explicaciones. Por citar sólo algunas: las disparidades internacionales en niveles de capital humano, los problemas de adaptación de las tecnologías occidentales en los países en desarrollo, los fallos en los mercados de capitales y, obviamente, las diferencias institucionales.

Otra área de estudio que merecería una mayor atención por parte de los historiadores económicos es la de la relación entre la globalización y los cambios en la localización de las actividades económicas. La mayoría de las interpretaciones históricas se han planteado en términos de modelos de rendimientos constantes (como el modelo de Heckscher-Ohlin o el modelo de factores específicos), cuando uno de los campos en los que más ha progresado la teoría económica en el último decenio es la llamada Nueva Geografía Económica, que se basa en modelos de rendimientos crecientes con costes de transporte. Sin duda, tal como demuestran en su capítulo Nicholas Crafts y Anthony Venables, y su crítico, Richard Baldwin, esta perspectiva puede aportar mucho a las actuales interpretaciones históricas y supone, a menudo, un reto para tesis que parecerían firmemente asentadas.

Se conoce bastante bien la cronología de la globalización del mercado de capitales (una primera era de globalización, entre 1860 y 1914, que finaliza abruptamente con el período de entreguerras, seguida de una nueva globalización que avanza lentamente durante decenios, hasta acelerarse desde finales del de 1980). Sin embargo, existe un importante debate sobre las causas de estos cambios. Algunos autores proponen que los cambios en el sistema monetario internacional son endógenos a las políticas nacionales. Por el contrario, para otros investigadores son factores “exógenos” —como las innovaciones en las tecnologías de la información, la existencia de instituciones que favorecen la cooperación (sean imperios, multinacionales o acuerdos internacionales de pagos), la inestabilidad financiera internacional o las necesidades de financiación externa—, los que impulsan el aumento de los movimientos internacionales de capitales.

Otra cuestión que cada vez llama más la atención, y que es de una importancia capital para el desarrollo de políticas económicas, es la relación entre sistema financiero, crecimiento económico y globalización. Aquí se observan dos posturas muy enfrentadas en la literatura: la de aquéllos que ven una relación positiva entre un sistema financiero eficiente, el desarrollo del comercio internacional y el crecimiento económico, y la de aquéllos otros que piensan que la relación entre las variables se mueve en la dirección contraria, o que son otras variables latentes (como el “buen” gobierno) las que realmente benefician al crecimiento económico y, de resultas, al sistema financiero.

En resumen, este volumen es una contribución de tanto calibre y calado que constituye, desde mi punto de vista, una lectura obligatoria para cualquiera interesado en la globalización. Sus contenidos deberían servirnos para modificar una buena parte de lo que explicamos en nuestras clases de Historia Económica Mundial. Además, constituye un magnífico ejemplo de cómo y por qué la historia económica puede y debe influir en los debates que tanto preocupan actualmente a políticos y economistas.

Joan R. Rosés

Universitat Pompeu-Fabra, Barcelona